Historia de la familia
Garetto en Chile

Historia de la familia Garetto en Chile

Introducción: El Origen, el Destino Único y el Enigma de la Cordillera

Para comprender la verdadera magnitud de la historia de la familia Garetto en Chile, el relato debe retroceder en el tiempo hasta detenerse en el hombre que, con un solo paso al vacío, sembró la primera semilla en una tierra completamente desconocida: **Martino Garetto Nocenza**. Su historia no es solo la crónica de una migración; es el relato de un destino forjado a fuerza de pura voluntad y una singularidad estadística casi providencial.

Entre los años 1850 y 1900, el éxodo piamontés barrió los valles del norte de Italia. El puerto de Buenos Aires vio desembarcar a oleadas interminables de inmigrantes; entre ellos, la historia registra que **más de cien hombres y mujeres de apellido Garetto** llegaron a las llanuras argentinas, diluyendo su linaje en la inmensidad de la pampa y siguiendo el camino seguro y masivo que dictaba la época. Cien nombres que buscaron la comodidad de lo conocido a orillas del Atlántico.

Pero el destino de este ramal de la historia exigía algo distinto. Mientras la inmensidad argentina absorbía los apellidos de sus compatriotas, hacia Chile se dirigía un solo Garetto. Solo uno.

Las brumas del tiempo aún custodian un enigma fascinante sobre su ruta exacta. La historiografía familiar no ha determinado con total certeza si Martino formó parte inicial de aquella masiva migración italiana que desembarcó en Argentina para luego emprender la travesía hacia el oeste, o si abordó un navío que rodeó el continente para arrojar sus anclas directamente en el agitado puerto de Valparaíso. Sin embargo, los indicios históricos y sus primeros pasos documentados en Valparaíso abren la puerta a la hipótesis más potente y lógica: Martino debió pisar suelo argentino primero y, desde allí, decidió cruzar la imponente muralla de los Andes.

Aquel movimiento es el que reviste a su figura de un aura verdaderamente épica. Resulta estremecedor pensar qué pudo empujar a un hombre solitario a abandonar la seguridad de la bullente comunidad piamontense en Argentina para arriesgarse a cruzar la cordillera de los Andes a finales del siglo XIX; una travesía que en aquella época era una empresa sumamente peligrosa, un territorio hostil de hielos eternos, abismos y vientos implacables que cobraban la vida de los viajeros más experimentados. Martino debió seguir una llamada poderosa. Quizás el consejo urgente de un conocido, una intuición mística o una promesa oculta en el fin del mapa. Tuvo que haber tenido una razón extraordinariamente poderosa para elegir el camino más difícil y adentrarse en aquella geografía indómita.

Martino Garetto Nocenza le dio la espalda a la multitud, desafió los picos de la cordillera en absoluta soledad y descendió hacia el valle central cargando con la responsabilidad invisible de fundar una estirpe nueva en el último rincón del mundo. Si él hubiera fallado en las alturas o si el

desánimo lo hubiera hecho claudicar, el apellido jamás habría existido en esta larga franja de tierra. Por eso, su viaje no fue una simple búsqueda de horizontes; fue un acto de audacia fundacional, el nacimiento de una dinastía que comenzó con un único hombre decidido y que hoy se extiende como un árbol imponente en la historia de Chile.

I. Las Raíces y el Barro

Mucho antes de que el apellido Garetto comenzara a resonar con fuerza al otro lado del mundo, en el fin del continente americano, Martino era, simplemente, un hijo de la tierra.

Nació en **Revigliasco d'Asti**, un pequeño poblado incrustado en el corazón del Piamonte italiano. En aquellos años, el mundo allí se reducía a un puñado de casas de piedra custodiadas por una iglesia antigua. No existían los números en las calles ni la prisa de las grandes ciudades; el tiempo se medía en cosechas y el espacio se dividía entre dos estirpes que compartían la misma sangre y los mismos surcos: los **Garetto** y los **Nocenza**. El arraigo era tal que las huellas de esa herencia permanecerían intactas a través de los siglos. Incluso cien años más tarde, cuando el tiempo ya había transformado el mundo, los viajeros que recorrían esas mismas calles en 1992 aún podían ver las placas de bronce clavadas en las viejas puertas de madera: *Martino Garetto Nocenza*, *Aldo Nocenza Garetto*… combinaciones de nombres que no identificaban una dirección postal, sino el territorio de un patriarca.

Allí, entre viñedos infinitos y estaciones marcadas por el rigor del invierno piamontés, creció Martino. Heredó de sus padres las manos curtidas y el oficio de la agricultura, aprendiendo a escuchar la tierra. Sin embargo, el suelo de sus ancestros, desgastado por los años y las crisis, ya no guardaba suficiente futuro para el tamaño de sus sueños. La tierra que lo alimentaba comenzaba a sentirse como una jaula de oro.

El Punto de Quiebre: La Llamada a la Aventura

A fines del siglo XIX, Europa se convirtió en un motor que empujaba a sus hijos hacia horizontes inciertos. Las tabernas y las plazas se llenaban de susurros sobre el Nuevo Mundo, y el éxodo masivo comenzó. La inmensa mayoría de los piamonteses miraba hacia el Atlántico, buscando el camino trazado y seguro que conducía a las llanuras de Argentina.

Pero el héroe de esta historia no buscaba el camino fácil.

II. El Umbral de la Aventura: De Génova al Fin del Mundo

El motor de la decisión ya estaba en marcha. El puerto más cercano a Revigliasco era **Génova**, una monumental puerta de piedra y mar de donde zarpaban, cada cierto tiempo, los colosos de hierro con destino al Nuevo Mundo. Las tabernas y muelles genoveses eran un hervidero de lenguas, equipajes amarrados con sogas y hombres que arrastraban la incertidumbre en la mirada. Allí, entre el humo de las chimeneas de los barcos y el olor a salitre, Martino escuchaba a los viajeros que regresaban o que traían cartas. Entre los murmullos de los recién llegados al pueblo, comenzó a resonar una geografía indómita, una franja de tierra protegida por una cordillera colosal. Chile. Esa palabra encendió una chispa definitiva en su mente.

Guiado por una mezcla inquebrantable de intuición y coraje, Martino tomó una decisión que quebraría el destino familiar para siempre. Le dio la espalda a la ruta evidente y masiva de la pampa argentina. En su lugar, armó un equipaje ligero, despidió el paisaje de cepas de Revigliasco y se embarcó rumbo a lo desconocido. Cruzó el océano Atlántico, desafió las tormentas del sur o los pasos cordilleranos, sosteniendo una sola certeza en el pecho: su destino aguardaba en Chile.

Mientras la inmensa mayoría de los piamonteses compartía historias de una Argentina próspera, colosal y rebosante de riquezas fáciles a orillas del Atlántico, Martino prefirió escuchar los silencios del mapa. La razón que lo empujó a desafiar la temible muralla de la cordillera no nació de una corriente migratoria segura, sino del más frágil de los hilos: una conversación fortuita, casi un secreto soplado al viento. En algún rincón del camino, Martino escuchó a una persona hablar de un país lejano, atrincherado detrás de los hielos eternos, y de una familia de origen italiano establecida en su capital: **los Maldini**.

No era un nombre que se repitiera como un faro masivo entre los piamonteses, ni una ruta recomendada por los manuales del viajero. Era apenas un rumor difuso que aseguraba que aquellos hombres acogían a los recién llegados en Santiago y les enseñaban un oficio respetable. En un acto de audacia ciega, Martino decidió darle la espalda a la certeza del milagro argentino en el que todos creían y **apostó la vida entera a ese único rumor**. Mientras sus compatriotas buscaban la comodidad de lo masivo y lo seguro en las ricas pampas, Martino prefirió adentrarse

en lo peligroso, cruzar el abismo andino y apostar por un destino completamente distinto, guiado únicamente por la fe en una historia escuchada a medias y su propia voluntad de hierro.

Martino llegó a Santiago con poco más que su fuerza de voluntad y el acento de su tierra natal. Pero en el taller de los Maldini encontró algo decisivo: aprendizaje, disciplina y propósito. Bajo la estricta guía de sus compatriotas, el joven piemontés dejó atrás para siempre la vida del campo y las estaciones agrícolas para convertirse en un creador.

Aprendió el noble y meticuloso arte del grabado, formándose como ***maestri incisore***. Fue una transformación alquímica: sus manos, endurecidas por el barro y la azada en Revigliasco, adquirieron la precisión quirúrgica del trazo, la paciencia infinita del detalle y el rigor de un oficio que no admitía el menor error. Martino ya no dependía del clima ni de las cosechas; ahora dominaba el metal, la madera y los ácidos. No llegó a Chile a repetir su pasado; se transformó en un artesano de la precisión.

Con los años, su talento y su impecable ética de trabajo lo llevaron a ocupar el lugar de máxima confianza: se convirtió en el **jefe del taller de grabados de la prestigiosa Casa Maldini**. Pero cuando la vida parecía haber encontrado una cómoda estabilidad en la capital, el destino —que rara vez es lineal— aguardaba detrás de una puerta inesperada.

Ocurrió durante un fin de semana. Lejos del ruido de los ácidos, las prensas y el metal del taller, Martino asistió a una reunión social en Santiago. Fue allí, entre las conversaciones y el ambiente distendido de un día de descanso, donde sus ojos se cruzaron con los de **Adelaida Céspedes**. Ella era una joven oriunda de **Curicó**, cuya presencia iluminó el lugar y generó en el piamontés un impacto inmediato y profundo.

No fue un simple encuentro fortuito; fue una revelación. Adelaida no solo encendió en él el amor, sino que se transformó en una nueva y poderosa fuente de inspiración. Es asombroso observar cómo, en la vida de un hombre dotado de visión, las piezas del destino van encajando con una precisión casi mística: el arte del grabado le había dado un propósito a sus manos, pero el encuentro con esta mujer le dio un nuevo propósito a su existencia.

Inspirado por este sentimiento indomable, Martino tomó una decisión audaz que desconcertó a su entorno. Renunció a la Casa Maldini, dándole la espalda a la seguridad económica, al cargo de jefatura que tanto le había costado alcanzar y al refugio de la comunidad italiana en Santiago. Decidió dejarlo todo por amor y seguir los pasos de aquella joven curicana hacia su tierra natal.

Eligió la incertidumbre. Eligió la independencia. Y, sobre todo, eligió seguir el dictado de su corazón.

III. El Ancla de Curicó y el Nacimiento de un Legado

Martino llegó así a la provincia, a la pujante ciudad de **Curicó**. Allí, bajo el cielo del valle central, consolidó ese amor que se convertiría en el ancla definitiva de su vida en Chile.

Junto a Adelaida no solo construyó un hogar, sino una dinastía familiar que crecería con una fuerza extraordinaria: **trece hijos**, trece nuevas ramas de un árbol que recién comenzaba a extenderse y que sellaba el arraigo de su apellido en este lado del mundo. En medio de ese núcleo vibrante, entre el bullicio de los niños y el esfuerzo diario, Martín echó raíces definitivas.

Para sostener a su creciente familia, abrió un taller dedicado inicialmente a los delicados trabajos en vidrio, marcos y espejos. Reconstruyó su vida pieza a pieza, tal como lo anunciaba con orgullo en sus avisos comerciales en las páginas del diario *La Prensa de Curicó*. Era un trabajo honesto, preciso y digno... pero el destino tenía preparado un giro mayor. Aquello era apenas el preludio.

Entre vidrios cortados a la medida, el brillo de los espejos y la madera de los marcos, Martino comenzó a reconstruir su vida pieza a pieza, tal como lo anunciaba con orgullo en sus avisos comerciales en las páginas del diario *La Prensa de Curicó*. Era un trabajo honesto, preciso y digno... un refugio seguro para la numerosa familia que crecía a su alrededor. Pero en la mitología de un hombre destinado a abrir caminos, la comodidad es solo la antesala de una nueva revelación. Aquel taller de vidrios no era el destino final; era apenas el terreno de preparación.

La Revelación: El Oficio Transformado

La chispa del héroe suele encenderse en la aparente monotonía del trabajo cotidiano. No pasó mucho tiempo —apenas unos meses, quizás un par de años— antes de que el universo de Martino diera un vuelco definitivo. Ocurrió allí mismo, entre el ruido de las herramientas y esas superficies pulidas que reflejaban no solo las imágenes del taller, sino también el largo e improbable recorrido de su propia vida.

Maestri incisore

En ese entorno físico de luces y reflejos, surgió la gran idea. No se sabe con certeza si fue una intuición mística nacida de su profunda experiencia con los ácidos y el grabado, o si fue una chispa transmitida por alguna voz externa que supo escuchar a tiempo; pero Martino comprendió algo fundamental que otros habrían pasado por alto: el arte que dominaba en sus manos —la precisión del grabado fino— no tenía por qué limitarse a las bellas artes o a la decoración de palacios. Podía transformarse en una herramienta viva para el comercio, la identidad y la burocracia de una joven nación que despertaba al nuevo siglo.

El oficio podía multiplicarse. Podía dejar una marca imborrable.

Así, en la quietud de la provincia curicana y casi en absoluto silencio, como quien custodia un secreto de estado, nacieron los primeros ejemplares. Al principio se concibieron como una prueba tímida, un ensayo del futuro realizado en las sombras de la noche tras las largas jornadas laborales. Pero lo que comenzó como una mera exploración artesanal pronto se transformó en una certeza de fuego. Martino entendió que no estaba ante un simple producto de escritorio, sino ante una oportunidad única en la vida: el nacimiento de algo completamente propio.

IV. El Umbral de 1900: La Palabra que Hizo Historia

El cambio de siglo no fue solo un giro en el calendario; para Martino Garetto fue el cruce de su propio y gran umbral. Al llegar el año 1900, provisto de un capital modesto que apenas cubría las herramientas y materiales más básicos, pero armado con una determinación inquebrantable que suplía cualquier carencia material, decidió que era momento de lanzar formalmente su visión al comercio de la capital.

Fue en las calles de Santiago donde comenzó a gestarse una de las transformaciones culturales más curiosas e identitarias de nuestra historia. Al salir a ofrecer sus productos de puerta en puerta, Martino intentaba comunicarse utilizando ese lenguaje híbrido y entrañable propio de los primeros años de migración: una mezcla viva de piamontés, italiano y español. Con orgullo orfebre, él hablaba con entusiasmo de sus creaciones y ofrecía verbalmente lo que en su lengua materna llamaba **"Timbri di gomma"**.

Sin embargo, en el Chile de principios de siglo, donde la palabra "timbri" no formaba parte del idioma local ni del vocabulario hispanohablante, la gente que lo escuchaba comenzó a interpretar el sonido a su propia manera. En sus oídos, aquel acento extranjero que pronunciaba con fuerza la palabra *timbri* sonaba extrañamente cercano a la palabra castellana **"timbre"** —que hasta ese momento solo se utilizaba en el país para hacer referencia a las campanas, los llamadores de las puertas o las cualidades del sonido—. Los santiaguinos, fascinados por la novedad del invento y la persistencia del piamontés, comenzaron a asociar ese sonido con el sello de caucho entintado que el italiano les ponía sobre el mesón.

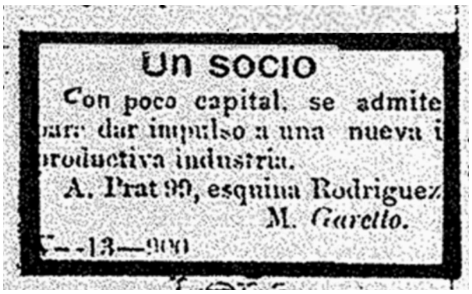
Sin siquiera sospecharlo, en ese acto cotidiano de vender y hacerse entender, el inmigrante estaba esculpiendo de forma permanente la identidad lingüística de su nueva patria. Mientras el resto del continente hispanohablante continuaría llamando a este objeto "sello de goma", en Chile, debido al impacto, la omnipresencia y la calidad de su trabajo, el artículo adoptó para siempre el nombre nacido de aquel equívoco idiomático.

A partir de ese hito callejero, y por todas las generaciones venideras, los chilenos llamarían "timbres" a las marcas de tinta que validan sus documentos, sus leyes y sus decisiones más importantes. Martino Garetto no solo había fundado una empresa próspera en el fin del mundo; a través de su propia voz, había transformado el habla de todo un país.

La Conquista de la Capital y el Elíxir del Legado

Pero el verdadero viaje del héroe exige una última gran campaña: la conquista del centro neurálgico del país. Con la fuerza de sus trece hijos operando como un motor absoluto de inspiración, y la maestría del grabado como su espada, Martino comprendió que Curicó se había vuelto pequeña para el tamaño de su proyecto. Dejó atrás el tranquilo y seguro primer capítulo provinciano y avanzó decididamente hacia el bullicio de **Santiago**.

Allí, en la emblemática y vibrante **calle Agustinas**, abrió las puertas de su propio taller. Aquel pequeño local en el centro de la capital no era un simple punto de venta o un mostrador de comercio; era la materialización física de una odisea. Era el monumento a una visión que había cruzado las aguas del Atlántico desde Génova, que había transformado las manos toscas de un agricultor en las de un artista de la simetría, y que había tenido el valor de reinventarse en los momentos más oscuros.


Un SOCIO
Con poco capital, se admite
para dar impulso a una nueva i
productiva industria.
A. Prat 99, esquina Rodriguez
M. Garetto.
—13—900

Porque al mirar el mapa completo de este recorrido —desde la tierra arada de Revigliasco d'Asti, pasando por los talleres de los Maldini, la renuncia por el amor de Adelaida, hasta los timbres dorados de la calle Agustinas— queda en evidencia que jamás existió el azar.

Hubo carácter. Hubo decisión. Hubo destino.

Al cerrar aquel capítulo en la calle Agustinas, aquel hijo de agricultores que un día miró el horizonte sin un centavo en los bolsillos, no solo había cambiado su propia historia. Había traído consigo un elíxir: un nombre, una empresa y una tradición viva. Había iniciado, sin saberlo, un legado incombustible que cruzaría las páginas del tiempo, grabado a fuego en la memoria de las generaciones futuras.

Aquella vitrina en el centro de Santiago no era solo un negocio exitoso; era la materialización física de una odisea. Era la consagración de una visión que había cruzado las aguas del Atlántico desde Génova y que había sabido reinventarse en el momento justo.

El Triunfo en el Atlántico: La Consagración de un Maestro

Antes de que las luces de su vida comenzaran a atenuarse, el destino le reservó a Martino su momento de mayor gloria internacional, un hito que coronaría su carrera de manera cinematográfica. Años después de consolidar su taller, cruzó la cordillera —aquella misma que un día desafió como un inmigrante anónimo— para asistir a la **Gran Feria de Papelería y Escritorio en Buenos Aires**, el epicentro comercial de la región.

Martino no iba como un asistente más; iba a exhibir el fruto de su genio. Presentó sus colecciones de timbres de goma hechos rigurosamente a mano, piezas únicas que eran, en realidad, verdaderas obras de arte de la micro-escultura y el grabado. En los salones de la gran exposición de Buenos Aires, el piamontés de Chile se midió cara a cara no solo con los consolidados talleres locales argentinos, sino con una competitiva oleada de artesanos e inmigrantes de su mismo origen europeo.

El veredicto fue inapelable: el jurado internacional quedó deslumbrado por la perfección cromática, la simetría y la fineza de sus trazos, otorgándole uno de los **máximos galardones de la feria al mejor trabajo artesanal**.

La noticia de este triunfo cruzó la cordillera de vuelta inmediatamente. En su querida provincia, las páginas del diario ***La Prensa de Curicó*** publicaron con orgullo el logro de aquel vecino ilustre que había llevado el nombre de la zona a lo más alto del continente. Martino había alcanzado la cúspide de su arte. Había demostrado que aquel oficio aprendido por amor y necesidad estaba a la altura de los mejores del mundo.

V. El Invierno de 1919: La Caída del Patriarca

Sin embargo, las cumbres más altas suelen preceder a los valles más profundos. A los pocos años de aquel glorioso triunfo en Buenos Aires, cuando la obra en la calle Agustinas consolidaba su lugar y el nombre de la familia se volvía sinónimo de prestigio inquebrantable, el destino asestó el golpe más duro e impensado.

En el año **1919**, una implacable enfermedad tocó a la puerta de Martino Garetto. El hombre que había desafiado el océano, que había vencido la incertidumbre de la distancia y que había moldeado los metales y la goma con la delicadeza de un cirujano, tuvo que librar su batalla más silenciosa.

Luchó con el mismo carácter indomable que guió cada paso de su vida, pero aquel año, el gran maestro grabador de Revigliasco d'Asti cerró sus ojos para siempre. Su partida dejó un silencio profundo en el taller de la capital y un vacío inconmensurable en el hogar que con tanto amor había edificado junto a su inseparable Adelaida.

Martino se marchaba, pero su obra quedaba blindada en el tiempo. Alrededor de su memoria, como las trece columnas vivas de un templo que recién comenzaba a alzarse, quedaba su más grande creación: su esposa Adelaida y sus **trece hijos**.

Trece nombres que, a partir de ese instante de dolor, tendrían la sagrada misión de custodiar el fuego del apellido y llevar el negocio hacia el futuro: **Martín, Isabel, Elena, Gudelia, Gilberto, Humberto, Guillermina, Adán, José Luis, Ana, Andrés y Leonardo**.

El patriarca había caído tras tocar la gloria, pero las trece ramas de su árbol ya habían echado raíces definitivas en el suelo chileno. La odisea del inmigrante llegaba a su fin, pero la leyenda de la dinastía Garetto apenas comenzaba a escribirse.

Segunda Parte: El Heredero del Fuego

I. El Despertar de una Determinación

La grandeza de un legado no se mide en los momentos de calma, sino en la capacidad de sus herederos para mantener encendida la llama en mitad de la tormenta. Tras el doloroso invierno de 1919, el taller de la calle Agustinas quedó sumido en un respetuoso silencio. Con la partida del gran patriarca Martino, el destino no dio tregua; exigió que uno de sus hijos diera un paso al frente para proteger a la numerosa familia y custodiar el oficio que había cambiado el lenguaje de Chile.

Fue entonces, en los albores de **1920**, cuando emergió la figura de **Don Humberto Garetto Céspedes**. Aunque era apenas un joven que se asomaba a la vida, la necesidad transformó su juventud en una madurez templada a fuego. No hubo espacio para el lamento. Con una determinación silenciosa pero inquebrantable, Humberto cargó sobre sus hombros el peso del apellido y comenzó a forjar su propio camino con una dualidad admirable: de día, recorría las calles adoquinadas de Santiago ofreciendo y vendiendo los productos; de noche, bajo la tenue luz del esfuerzo solitario, creaba los timbres con sus propias manos. El joven se había convertido en el guardián del fuego familiar.

II. La Alquimia de la Innovación: El Nacimiento de la "Gomita"

Humberto jugaba con ventaja: llevaba el oficio grabado en la sangre. Desde niño, en Curicó, su padre Martino le había transmitido el arte sagrado del *maestri incisore*, una disciplina rigurosa donde cada matriz se tallaba a pulso, milímetro a milímetro, con una precisión casi ritual. Pero el joven heredero poseía la cualidad más pura del héroe: la visión de futuro. Entendió muy pronto que aquel conocimiento ancestral, aunque infinitamente valioso, no sería suficiente para construir el imperio que imaginaba en un Chile que se modernizaba a pasos agigantados.

Donde otros habrían seguido ciegamente la tradición por respeto al pasado, Humberto eligió transformarla para asegurar su supervivencia.

En una época en que pocos se atrevían a romper los moldes establecidos, fijó su mirada en una técnica revolucionaria que recién comenzaba a tomar fuerza en la vanguardia industrial de Italia:

la tipografía de imprenta aplicada al caucho. Abandonó el tallado lento y artesanal del metal para dar paso a un sistema que cambiaría las reglas del juego.

Letra a letra, con una paciencia de orfebre, componía los textos en plomo como si fueran páginas de un libro destinadas a perdurar. Una vez fijada la composición tipográfica, hacía nacer de ella un perfecto molde en yeso. El clímax del proceso llegaba con la fundición: aplicando caucho crudo bajo calor y presión sobre ese molde, emergía finalmente la **"gomita"** del timbre. El resultado era perfecto: una impronta nítida, impecable, reproducible y lista para multiplicarse al infinito.

Este giro no fue simplemente una mejora técnica; fue el cruce de su propio umbral. Don Humberto dejó de ser un artesano limitado por las horas del reloj para transformarse en un estratega capaz de escalar su propia producción. El volumen creció de golpe, los pedidos de los bancos y comercios inundaron el taller, y el nombre de Humberto Garetto comenzó a circular con una fuerza arrolladora en el mundo empresarial de la capital.

III. El Círculo de la Gratitud: Devolver la Mano

El éxito no tardó en desbordar incluso su incansable capacidad de trabajo. Fiel a la estirpe de los Garetto, Humberto entendió que un verdadero líder no camina solo; construye un ejército. Dio entonces el siguiente paso lógico en su epopeya: **formar equipo**. Convocó a maestros tipógrafos de la capital, hombres del mismo temple y rigor moral, para sostener el ritmo de una demanda que no dejaba de expandirse. Lo que comenzó en una mesa solitaria era ya una obra en plena expansión.

Fue en ese instante de madurez cuando la historia cerró un círculo perfecto de justicia y gratitud.

Humberto recordaba perfectamente la leyenda de su padre, aquel joven agricultor piamontés que había llegado al puerto de Santiago con los bolsillos vacíos y que había sido acogido por la generosidad de la familia Maldini, quienes le dieron un oficio y un propósito. Con el poder que ahora le otorgaba su propia empresa, Humberto decidió replicar ese sagrado acto de humanidad.

Entre los hombres que golpeaban las puertas de su taller no solo había trabajadores locales en busca de sustento, sino también inmigrantes italianos recién bajados del barco; hombres que arrastraban la misma mirada de incertidumbre y esperanza que su padre Martino había tenido décadas atrás. Humberto no les dio un simple empleo. **Les dio un hogar, les transmitió los secretos de la tipografía y les abrió un camino en el Nuevo Mundo.**

No era beneficencia; era un pacto de honor con el pasado. Era devolver la mano a la vida. Era honrar, con actos vivos, la memoria del fundador.

IV. La Columna y la Mesa: El Encuentro con María Lucero

Ninguna de estas conquistas industriales y humanas habría sido posible sin la aparición de una fuerza igual de decisiva, una aliada inquebrantable que operaba desde la solidez del hogar. En **1925**, el viaje de Humberto encontró su complemento perfecto. No solo tomó esposa; encontró a su compañera de mil batallas: **María Lucero**.

Con la llegada de María, el universo de los Garetto adquirió una nueva dimensión. Ella no fue un apoyo secundario a la sombra del empresario; fue la columna vertebral del proyecto. Dueña de un carácter firme —como solía recordar el *nonno* con profundo respeto— y de una voluntad indomable, trabajó codo a codo junto a Humberto, sosteniendo el espíritu del negocio en los momentos de incertidumbre.

Mientras el taller rugía con el metal y el caucho, María construía desde el hogar. Criadora de una numerosa y vigorosa familia, administradora implacable del día a día y trabajadora incansable, representaba esa fortaleza silenciosa que no necesita proclamarse porque se demuestra en los hechos.

Y era en su cocina, especialmente cuando promediaba el fin de semana, donde ocurría la magia más profunda. **Cada domingo**, el tiempo parecía detenerse en el hogar de los Garetto. Con un ritualismo sagrado, María se disponía a amasar su famosa pasta artesanal, una preparación larga y fina a la que ella, de manera invariable, llamaba **"tallarín"**.

Aquel nombre encerraba un enigma cultural fascinante. Con los años, muchos inmigrantes italianos instalados en Chile solían sonreír con condescendencia al escuchar la palabra, argumentando que la pasta larga jamás debía llamarse así, que "tallarín" era un simple chilenismo o un error local. Lo que aquellos críticos ignoraban era el profundo origen geográfico de la palabra. En el corazón del Piamonte —la tierra ancestral de la familia— existe desde hace siglos una variedad de pasta larga, delgada y noble, elaborada con paciencia y ricas yemas, cuyo nombre legítimo en dialecto piamontés es ***Tajarin***.

Humberto y María pasaron largos períodos en el norte de Italia, compartiendo y estrechando lazos con sus primos en esas tierras. Fue en esos viajes de regreso a la raíz donde María se sumergió en los secretos de las cocinas piamontesas, aprendiendo de primera mano a confeccionar los diversos tipos de pastas locales. Por eso, es casi una certeza histórica que el nombre que ella usaba cada domingo en Santiago no era una deformación del lenguaje chileno, sino el eco directo del *Tajarin* llevado con orgullo desde el Piamonte a su mesa.

La historia incluso permite una audaz conjetura: tal vez fue la propia María, con la inmensa influencia de su cocina y su numerosa descendencia, una de las grandes responsables de sembrar la palabra "tallarín" en el vocabulario cotidiano de Chile. Aunque el dato absoluto se diluya en la neblina del tiempo, no es una coincidencia menor. El flujo migratorio del Piamonte hacia Chile fue discreto pero colosal en su impacto cultural; hombres y mujeres de esa misma región italiana llegaron al país y dedicaron sus vidas a la industria agroalimentaria, levantando imperios de la mesa chilena bajo apellidos que se volverían universales en el país, como **Carozzi** o **Lucchetti**.

En esa mesa dominical de los Garetto, por lo tanto, no solo se servía un almuerzo; se devoraba historia viva. Entre el vapor de los *tajarin* recién hechos y las conversaciones familiares, se transmitían los valores del esfuerzo, se fortalecían los vínculos inquebrantables de la sangre y se forjaba el carácter de las generaciones que continuarían la historia. María no solo acompañó el camino de Humberto; lo alimentó de identidad y lo hizo posible.

V. La Conquista de la Calle Nueva York y el Legado Consolidado

Para la década de **1950**, el panorama era majestuoso. Aquello que había comenzado treinta años atrás como el esfuerzo solitario de un joven de veinte años arrastrando un carromato de muestras por Santiago, se había transformado en una institución comercial consolidada en la prestigiosa y sofisticada **calle Nueva York**, el corazón financiero y neurálgico del país.

El éxito de la visión de Humberto operó como un faro para el resto del linaje. Siguiendo ese mismo impulso indomable y bajo la misma escuela de excelencia, sus hermanos comenzaron a extender la presencia de la marca en distintos puntos estratégicos de Santiago, multiplicando el apellido Garetto en cada rincón donde se necesitara estampar una firma o validar un documento oficial.

Entre el sacrificio de los inicios, la audacia de la innovación técnica y la solidez de una alianza matrimonial inquebrantable, Don Humberto no solo había levantado una empresa próspera. Junto a la fortaleza de María Lucero, había rescatado el fuego del padre ausente, lo había multiplicado y había consolidado una dinastía industrial. El apellido ya no solo era una historia de migración; era un sinónimo imborrable de tradición, trabajo y destino en la historia de Chile.

VI. La Bifurcación del Camino: La Nueva Generación y la Conquista de lo Estético

El tiempo no se detiene en las páginas de un legado en plena expansión. De la sólida y bendecida unión entre Don Humberto y María Lucero florecieron cinco nuevas ramas destinadas a proyectar el apellido hacia el futuro: **Waldo, Silvia, Humberto, Bruno y Gloria**. Cinco nombres

que crecieron escuchando el rítmico traqueteo de las prensas y respirando el aroma a tinta y caucho que impregnaba el aire de la calle Nueva York.

Hubo un punto de inflexión en que el oficio ya no solo crecía con paso firme... comenzaba a multiplicarse de manera celular.

A medida que la empresa avanzaba con el empuje de la modernidad de mediados de siglo, la nueva generación reclamó su lugar en la vanguardia. Fue entonces cuando **Waldo Garetto Lucero**, el hijo mayor, se incorporó formalmente al trabajo familiar. No lo hizo como un mero espectador de las glorias pasadas, sino como un continuador nato del fuego. Codo a codo con los experimentados maestros tipógrafos que daban vida a los timbres, Waldo comenzó a explorar territorios inexplorados con la misma audacia que un día tuvo su abuelo Martino.

De esa Inquietud juvenil y visionaria nacieron las primeras **tarjetas de visita y partes de matrimonio**.

Aquello significó una revolución silenciosa en el taller. Lo que hasta entonces había sido un oficio estrictamente ligado a lo funcional, a la burocracia comercial y al sello oficial, empezó a abrirse hacia la belleza de lo estético, hacia la intimidad de lo personal. Las letras de plomo y las prensas ya no solo validaban fríos documentos notariales; ahora comenzaban a vestir momentos memorables, a consagrar nuevas uniones familiares y a delinear las identidades de la sociedad chilena. El taller se transformó una vez más, ampliando su alcance artístico sin perder jamás el rigor de su esencia orfebre.

VII. El Pacto de la Calle Nueva York: Expansión, Esplendor y la Tragedia de Waldo

Sin embargo, el crecimiento de los grandes árboles trae consigo decisiones inevitables. Con el paso de los años y la maduración de su propio talento, Waldo sintió el impulso sagrado de seguir su propio camino. No se trataba de una ruptura con la casa matriz, sino de la evolución natural y saludable de quien ha aprendido el rigor del oficio, ha crecido bajo la sombra del maestro y se encuentra listo para edificar su propio feudo.

Fue en ese instante crucial cuando Don Humberto, con la lucidez estratégica y la generosidad que siempre lo caracterizaron, tomó una determinación trascendental para el linaje. En lugar de retener las fuerzas bajo un solo techo, decidió **dividir y expandir su obra**.

Con la sabiduría de un rey que reparte el territorio para asegurar la paz y el progreso, Don Humberto confió a Waldo la naciente y próspera división de **la imprenta**, permitiéndole proyectar su visión estética de manera completamente independiente. Mientras tanto, el patriarca, flanqueado por la fuerza y el compromiso de sus hijos **Humberto II y Bruno**, decidió concentrar el núcleo del taller en la fabricación especializada de timbres de goma, profundizando y perfeccionando aún más el oficio original que había cruzado el océano desde el Piamonte.

Aquella no fue una separación ordinaria nacida de la disputa; fue la calculada **expansión del legado Garetto**.

A partir de ese pacto de caballeros, la división de la imprenta bajo la dirección exclusiva de Waldo no solo experimentó un crecimiento comercial, sino que alcanzó una era de refinamiento sin precedentes. En un lapso de tiempo asombrosamente breve, aquel joven líder hizo florecer el negocio con una fuerza arrolladora. Sus tarjetas de visita y partes de matrimonio dejaron de ser simples impresos para transformarse en verdaderos símbolos de estatus y elegancia. El Santiago de la época lo comprendió de inmediato: la pulcritud de sus relieves, la finura del papel y la perfección tipográfica que salían de sus prensas eran reconocidas por todos los santiaguinos como el estándar de la más alta calidad. Lo que comenzó como una sola mesa de trabajo artesanal en Curicó, se había transformado en dos caminos paralelos y poderosos que avanzaban en una curva de éxito imparable.

Pero la mitología de las grandes familias a veces se escribe con la tinta amarga de la fatalidad.

En la cúspide de este despegue, cuando el horizonte parecía no tener límites para su talento, el destino asestó un golpe repentino e impensado. Un implacable accidente vascular terminó, de forma prematura y desgarradora, con la vida de Waldo Garetto Lucero. El taller enmudeció de golpe. Aquel hombre que había llevado la imprenta a su máximo esplendor partía en la mitad de su juventud, dejando tras de sí un vacío inmenso en el corazón de la familia y a un hijo de apenas catorce años: **Miguel Ángel**.

A esa corta edad, el mundo se deforma ante la pérdida de un padre. Con la partida de Waldo, la continuidad de esa pujante rama del árbol familiar corría el riesgo de quedar suspendida o perderse en el olvido. Fue en ese momento de dolor e incertidumbre donde operó la solidaridad inquebrantable del clan: **su hermano, Humberto II, dio un paso al frente y asumió con nobleza el control de la imprenta**. Con el peso de sus propias responsabilidades, Humberto II protegió el taller de su hermano fallecido, manteniendo las máquinas en marcha y custodiando el negocio con devoción familiar, hasta que el joven Miguel Ángel tuviera la madurez y la edad suficiente para asumir el liderazgo legítimo de su herencia.

Tuvieron que pasar varios años de resguardo, maduración y silencio para que el misterio del legado completara su ciclo. Siendo ya un hombre templado por el tiempo y el recuerdo, **Miguel Ángel Garetto** sintió el llamado profundo de los orígenes. Comprendió que la historia de su padre no podía quedar inconclusa. Con valentía y asumiendo el peso histórico de su apellido, Miguel Ángel tomó las riendas que su tío había custodiado tan celosamente, regresó al taller, encendió las luces definitivas y **retomó con orgullo la tradición de Waldo**. Volvió a hacer girar los rodillos, a refinar los trazos y a levantar la imprenta familiar hacia el futuro. El nombre aun se conoce Imprenta Waldo Garetto.

Cada facción de la familia construyó así su propia identidad comercial, pero permanecieron indisolublemente unidas por un código de honor común: el amor al trabajo bien hecho, la búsqueda obsesiva de la precisión y una voluntad inquebrantable de crear. Porque en esta crónica familiar, cada generación demostró que el verdadero heroísmo no consiste en repetir el pasado de memoria, sino en tener el valor de **reinventarlo** para que siga vivo por los siglos de los siglos.

Dos Caminos Propios: La Voz de Silvia y la Mirada de Gloria

Silvia Garetto Lucero: una vida unida al tango

No todas las ramas del árbol familiar encontraron su destino entre prensas, matrices y timbres. Silvia Garetto Lucero, hija de Don Humberto y María Lucero, siguió un camino distinto, guiado por la música y por una voz de singular belleza. Su historia extendió el apellido hacia la otra ribera de los Andes y agregó una dimensión artística al legado de la familia.

Silvia conoció a un argentino de apellido Cerri, con quien contrajo matrimonio. La pareja se estableció durante largos años en Rosario, ciudad profundamente ligada a la cultura y a la sensibilidad musical del Río de la Plata. Fue allí donde Silvia cultivó su talento natural para el canto y aprendió a interpretar tangos. Con el paso del tiempo llegó a presentarse como cantante, utilizando -según conserva la memoria familiar- el seudónimo artístico de Silvana Garré en lugar de su nombre real.

La música se convirtió así en una nueva forma de continuidad familiar. Ya no se trataba de grabar palabras sobre el caucho o el papel, sino de imprimirlas en la memoria mediante la voz, la interpretación y la emoción del tango. Aquella sensibilidad encontró una nueva expresión en su hijo, Angelo Cerri Garetto, conocido artísticamente como Angelo Cherry.

Angelo heredó el gusto de su madre por la música rioplatense, aprendió a tocar el bandoneón y desarrolló una extensa trayectoria como intérprete y director. Con el tiempo se convirtió en uno de los bandoneonistas destacados del tango en Chile, actuando en diversos escenarios y espacios de la vida artística santiaguina. Su nombre permaneció unido al instrumento y a la tradición tanguera hasta su fallecimiento, ocurrido el 9 de noviembre de 2020.

Gloria Garetto Lucero: diseño, oficio y sensibilidad estética

Gloria Garetto Lucero también construyó una trayectoria propia, vinculada esta vez al diseño de interiores. Se formó profesionalmente en esta disciplina y destacó por su capacidad para concebir espacios en los que la funcionalidad, la identidad y la belleza dialogaban con equilibrio.

Entre sus trabajos más relevantes se cuenta su participación en el proyecto del Museo Mapuche de Cañete Juan Antonio Ríos, en el sur de Chile, obra desarrollada junto a la diseñadora Gloria Álvarez y el arquitecto Andrés Crisosto. El proyecto recibió reconocimientos y se transformó en una muestra significativa de su talento profesional, pues exigía interpretar con respeto la memoria, el territorio y la cultura del pueblo mapuche.

Gloria mantuvo además un vínculo directo con el escenario histórico de la familia. Tuvo un local en la calle Nueva York, la misma vía donde el apellido Garetto había consolidado su presencia comercial. Desde allí ofrecía asesoría en diseño de interiores y una cuidada selección de objetos decorativos. Su establecimiento incorporó al antiguo enclave familiar una actividad diferente, pero sostenida por los mismos principios de precisión, dedicación y buen gusto.

Silvia y Gloria demostraron que el legado recibido no estaba limitado a una sola empresa ni a un único oficio. Una lo proyectó mediante la voz y el tango; la otra, a través del diseño y la creación de espacios. Ambas ampliaron la historia familiar y dieron al apellido dos expresiones nuevas de sensibilidad, trabajo y vocación creadora.

VIII. La Era del Diálogo con el Mundo: El Liderazgo de Humberto II

El devenir de la historia familiar demostró que un legado no se defiende con la inmovilidad, sino con la audacia. Llegó un momento, en la segunda mitad del siglo XX, en que el oficio tradicional de los timbres, tal como se había conocido y ejecutado con éxito durante décadas, ya no era suficiente para responder a un mundo que aceleraba su marcha. Las antiguas prensas y los métodos heredados corrían el riesgo de volverse románticos vestigios del pasado.

Fue en ese preciso umbral donde emergió con fuerza la visión de **Humberto II**.

Con la mirada puesta en los horizontes globales y no solo en los límites físicos del taller santiaguino, Humberto II decidió ir un paso más allá de lo evidente. Comprendió que para salvar el fuego de los Garetto era necesario abrir de par en par las puertas a nuevas corrientes de pensamiento, a herramientas de vanguardia y a metodologías industriales inéditas. Comenzó a introducir artículos importados de alta gama y a incorporar tecnologías que, hasta ese instante, parecían lejanas y ajenas al mercado nacional. Aquello no constituyó un simple ajuste administrativo; fue una profunda ruptura conceptual con lo establecido.

Donde la tradición local veía límites infranqueables, el nuevo líder divisó un universo de posibilidades.

La Alquimia Alemana: De la Cocinilla al Rigor Industrial

Hasta la llegada de este quiebre tecnológico, el corazón del taller latía bajo un proceso tan exigente como rústico: los delicados moldes aún se confeccionaban en yeso y el caucho se fundía con el calor de una simple cocinilla a gas, dependiendo enteramente de la intuición y el ojo del maestro de turno. Humberto II transformó de raíz ese sanctasanctórum del oficio.

Fijó su atención en los estándares de la ingeniería europea y comenzó a importar insumos y sistemas de origen alemán. De golpe, el frágil yeso fue reemplazado por planchas moldeables de una resina de altísima precisión, capaces de capturar el relieve más mínimo sin alterarse. Al mismo tiempo, el taller dio la bienvenida a un coloso de hierro: una prensa de vulcanización de la célebre **marca Lord**, que permitió estandarizar, presurizar y perfeccionar cada milímetro de la goma.

El taller cambió instantáneamente de pulso; adquirió un ritmo mecánico y poderoso.

La fabricación de los timbres dejó de depender de los caprichos del tiempo y del desgaste físico de la mano humana para ingresar de lleno en la era de la repetibilidad científica, la técnica pura y la eficiencia de escala. Cada timbre Garetto que salía al mercado era ahora más nítido, más constante y estructuralmente perfecto. Con esta metamorfosis, la capacidad de producción de la empresa se elevó a cotas nunca antes vistas en la historia de la industria chilena.

IX. El Círculo Perfecto y el Futuro del Legado

Pero la cronología de esta dinastía jamás se ha detenido en la mera adopción de ideas ajenas. En el ADN de la familia reside la urgencia de superar al maestro. Aquella revolucionaria plancha moldeable alemana —que en su momento fue el símbolo de la modernización de Humberto II— no solo fue adoptada con maestría en el taller de Santiago; con el correr de los años, se convertiría en la semilla de un hito aún mayor.

Sería **Fernando Garetto**, hijo de Humberto II, quien llevaría esa tecnología germana a una frontera impensada. Con la misma audacia heredada de sus antepasados, Fernando no se conformaría con usar el insumo extranjero: descifraría su naturaleza, asumiría el desafío de **fabricarlo en Chile y comenzaría a reexportarlo al mundo**, cerrando de manera magistral un círculo perfecto que iba desde el humilde aprendizaje del inmigrante original hasta la creación y exportación de valor propio desde tierras chilenas.

Porque Humberto II no se limitó a renovar herramientas metálicas o a cambiar ampolletas en las mesas de trabajo. Redefinió la identidad misma del oficio.

Bajo su mando, la empresa abandonó la vieja costumbre provinciana de mirar únicamente hacia adentro y comenzó a dialogar de igual a igual con las potencias internacionales. Cada avance técnico introducido en el centro de Santiago no fue una simple mejora en los balances comerciales; fue una elocuente declaración de principios: la certeza de que para perdurar hay que evolucionar, adaptarse y proyectarse sin miedo hacia el porvenir.

Humberto II grabó a fuego una lección esencial en la memoria de su linaje: entendió que el fuego de un legado no se conserva guardándolo en una caja de cristal para que no se apague... Se honra con valentía, alimentándolo y transformándolo para siempre.

X. El Retorno al Origen: La Expansión de Bruno

El árbol de los Garetto seguía extendiendo sus ramas, y su savia era tan vigorosa que el legado ya no podía contenerse bajo un solo techo ni discurrir por un único sendero. La energía creativa de la estirpe exigía nuevos espacios, nuevas fronteras dentro de la gran capital.

Fue en ese momento de madurez cuando **Bruno Garetto Lucero**, el tercer hijo de Don Humberto y María, comprendió que había llegado su hora de cruzar el umbral. Su decisión no nació de una ruptura impulsiva ni de la discordia; fue el acto consciente, meditado y valiente de un hombre templado en el rigor del taller familiar. Bruno determinó desprenderse de la protectora ala de su padre y de la marcha paralela de su hermano Humberto II para edificar su propia fortaleza, manteniendo intacta la raíz común que los unía.

Y para levantar su propio estandarte, eligió el escenario más cargado de épica e historia.

Se dirigió a la emblemática **calle Nueva York** —un territorio que ya vibraba con el eco del apellido, el esfuerzo diario y la memoria de la familia—. Allí, Bruno se estableció en un nuevo local, marcado con el **número 58**. Aquel movimiento técnico encerraba, en realidad, un simbolismo mitológico profundo: Bruno estaba ocupando exactamente el primer local que su padre, Don Humberto, había fundado en esa calle mítica décadas atrás, un espacio sagrado que la empresa original había abandonado años antes para trasladarse al número 47, buscando mayor amplitud ante el avance indomable del negocio.

Aquella mudanza era, en el sentido más puro del relato, un regreso al origen. Un retorno al útero donde se había forjado la segunda generación.

Pero Bruno no volvía al número 58 para repetir el pasado de memoria. Volvía para reinventarlo.

XI. La Consolidación del Sello Personal: Timbres e Imprenta Bruno

Desde aquel cuartel general recuperado de la neblina del tiempo, Bruno levantó un proyecto ambicioso y robusto. Fusionó las dos grandes vertientes del conocimiento familiar, **especializándose tanto en la fabricación de timbres de goma como en las artes de la imprenta**. Unió la tradición heredada del *maestri incisore* con una visión comercial moderna, plasmando en cada entrega un sello de atención y pulcritud estrictamente personal. Lo que antes había sido una herencia compartida en el taller común, ahora se transformaba en una nueva y brillante expresión del linaje.

Fue un acto de absoluta independencia, pero al mismo tiempo, el testimonio de una continuidad indestructible.

Alrededor de ese nuevo taller en el número 58, la vida volvía a florecer y la herencia de Bruno encontraba su propio relevo en tres nuevos nombres destinados a custodiar su esfuerzo: **Enzo, Claudia y Bianca**. Ellos crecieron viendo a su padre rescatar el origen de la familia, aprendiendo que el apellido era sinónimo de compromiso y nobleza artesanal.

Al abrir las puertas de su propio espacio, Bruno no se alejaba del fuego de los Garetto; lo multiplicaba, llevando chispas de esa misma hoguera a una nueva vitrina. Su emprendimiento no solo consolidó su autonomía como creador y hombre de negocios, sino que fortaleció la hegemonía de la familia en el sector, transformando la calle Nueva York en un verdadero feudo comercial del apellido. La fisonomía de esa vía santiaguina comenzaba a volverse un símbolo inseparable de su tradición industrial.

A la luz de esta nueva conquista, quedaba claro que la historia de la familia no se dividía ni se fragmentaba con la partida de sus hijos. Se expandía orgánicamente. Cada paso de Bruno, y el futuro que se abría ante **Enzo, Claudia y Bianca**, demostraba que el destino de los Garetto era seguir abriendo caminos paralelos, avanzando como un solo bloque de trabajo, precisión y voluntad inquebrantable a través de los siglos.

XII. La Crisis del Plomo: El Desafío de los Años 80

A medida que Chile se adentraba en la vibrante década de 1980, *Timbres Garetto* experimentaba un crecimiento comercial arrollador. Los pedidos de la banca, el comercio y el Estado inundaban los mesones cotidianamente. Sin embargo, detrás del esplendor de las ventas, un problema silencioso e implacable comenzaba a amenazar el corazón operativo de la empresa: el noble oficio de la tipografía clásica estaba entrando en vías de extinción. Cada vez era más difícil encontrar maestros tipógrafos en Santiago.

Hasta ese instante, el taller seguía fiel a una coreografía puramente artesanal. Expertos cajistas pasaban horas componiendo cada diseño letra por letra, pinza en mano, ordenando tipos móviles de plomo y aluminio en las galeradas. Luego se forjaba el molde de yeso y, mediante la vulcanización del caucho crudo, nacía el timbre. Era un proceso noble, pero lento, exigente y esclavo de manos hiper-especializadas que el tiempo moderno ya no producía. El plomo se estaba volviendo un cuello de botella. El mundo estaba cambiando a una velocidad vertiginosa, y la empresa familiar se encontraba ante una disyuntiva histórica: evolucionar o estancarse.

Fue en este crítico escenario donde hicieron su ingreso al taller **Humberto III y Fernando Garetto**, hijos de Humberto II. Con su llegada, no solo se presentaba la tercera generación en el cuartel general, sino también una audaz corriente de renovación. La interrogante que flotaba en el aire del taller era crucial: ¿cómo multiplicar la producción y elevar la calidad sin depender de un oficio que se desvanecía en el pasado?

Fernando asumió el liderato de esa cruzada.

La Odisea del Ensayo y el Error

Los primeros pasos del explorador no fueron sencillos y se adentraron en una intensa etapa de experimentación analógica, un territorio de ensayo y error digno de quien busca una salida en la oscuridad. Primero se intentaron soluciones manuales utilizando *Letraset* —letras de transferencia directa que se pegaban minuciosamente una a una sobre el papel para componer el diseño de un timbre—. El sistema entregaba nitidez, pero resultaba exasperantemente lento para los volúmenes del negocio. Luego se incorporó la máquina de escribir electrónica, que permitió avanzar más rápido, aunque con la gran limitación de no poder realizar composiciones circulares ni logotipos complejos.

Sin embargo, el verdadero valor de estos dos sistemas —las letras de transferencia y la máquina electrónica— radicaba en que servían para dar vida a un nuevo e incipiente flujo de trabajo: **la creación de los "originales" de imprenta**.

Con estos textos e imágenes montados a mano sobre el papel, Fernando y su equipo comenzaron a experimentar con la **fotografía de proceso**. Utilizando cámaras de reproducción gráfica, captaban estos diseños para obtener negativos fotográficos de alta fidelidad. Fue a través de este método óptico que *Timbres Garetto* dio sus pasos pioneros con una tecnología química revolucionaria para la época: timbres de goma a partir del **polímero en plancha**.

Al someter estas planchas plásticas fotosensibles a la luz a través del negativo, las zonas expuestas se endurecían, revelando un relieve perfecto y cristalino. Tras las primeras pruebas en el taller, la certeza fue absoluta: el futuro de la compañía debía discurrir por el camino del polímero y las resinas, dejando atrás para siempre el pesado proceso del caucho vulcanizado y los moldes de yeso. El polímero en plancha era la tierra prometida, pero aún faltaba el motor definitivo para acelerar la marcha. La creación manual de los originales fotográficos seguía siendo un trabajo de hormiga.

Durante cerca de dos años, Fernando se mantuvo en esa búsqueda incansable de la pieza que faltaba en el engranaje. Investigó mercados y consultó a expertos, hasta que el destino, mediante una conversación fortuita, le presentó el eslabón perdido.

Un amigo cercano, que prestaba servicios en las nacientes oficinas de **Apple Chile**, le comentó casi como un secreto de laboratorio sobre una herramienta de software que prometía revolucionar el diseño gráfico en el mundo. Se trataba de una aplicación que acababa de ser creada por la vanguardista firma **Altsys Corporation** y que la prestigiosa **Aldus Corporation** planeaba lanzar oficialmente al mercado global a inicios de **1988** bajo el nombre de **Aldus FreeHand 1.0**.

Ese mismo año de 1988, antes de que el programa fuera una realidad masiva en el comercio o se tradujera al español, una codiciada copia de prueba en inglés llegó directamente a las manos de Fernando. Conectando la cámara fotográfica, las planchas de polímero que ya dominaban y,

ahora, el poder del diseño asistido por computador, encendió la pantalla y decidió ponerla a prueba.

Aquel instante frente al monitor iluminado modificó el rumbo de la industria para siempre.

XIII. La Revolución del Polímero y el Nacimiento de un Gigante

Por primera vez en la historia de la empresa, un Garetto podía diseñar un timbre con absoluta y soberana libertad geométrica. Líneas curvas perfectas, composiciones circulares milimétricas, distorsiones de textos y una infinidad de tipografías digitales se materializaban en minutos frente a sus ojos. Todo aquello que antes exigía horas de fundición de plomo, o que sencillamente era imposible de realizar a mano, ahora se resolvía con el clic de un ratón informático.

No hubo vuelta atrás. La era del plomo y el aluminio de Johannes Gutenberg capituló ante la era digital de la manzana mordida.

Bajo la dirección de Fernando, *Timbres Garetto* desmanteló de forma definitiva el antiguo sistema tipográfico y abrió las compuertas de la modernidad. Los tableros de diseño gráfico reemplazaron los viejos chibaletes de madera, multiplicando instantáneamente la capacidad operativa del taller. Un solo diseñador, armado con la nueva tecnología, era capaz de ejecutar con perfecta exactitud el trabajo de varios tipógrafos antiguos, reduciendo los tiempos de respuesta a una fracción.

Para consolidar esta revolución, la empresa adquirió los revolucionarios computadores **Apple Macintosh** y los primeros sistemas de **impresión láser Apple**, una tecnología mítica y costosa para la época en Sudamérica. Esta plataforma digital se acopló magistralmente a un nuevo método químico: **el fotograbado en polímeros**, sustituyendo para siempre el caucho vulcanizado por resinas sintéticas translúcidas de una definición microscópica.

El salto cuántico fue colosal.

Lo que comenzó como una crisis de mano de obra —la falta de tipógrafos— terminó operando como el catalizador que transformó por completo la fisonomía de la compañía. Gracias a esa obstinada búsqueda y a la visión de Fernando de adelantarse al mañana cuando nadie más lo hacía, *Timbres Garetto* no solo sobrevivió a la modernidad: se expandió con una fuerza indomable, fortaleciendo sus cimientos hasta posicionarse con orgullo como **la fábrica de timbres más grande de toda Sudamérica**. Una vez más, en el núcleo de la tormenta, el carácter y la intuición de un Garetto habían convertido la adversidad en leyenda.

XIV. El Imperio Continental, la Ciencia del Control y el Rayo de Luz de 1997

Durante los años siguientes a la revolución digital de 1988, el crecimiento de *Timbres Garetto* adquirió proporciones míticas. Sin embargo, aquella expansión continental no fue el resultado exclusivo de la audacia técnica o de la mera fortuna comercial. Detrás del éxito visible operaba una rigurosa estrategia de orden que nació de la sabiduría del propio patriarca. En sus años de juventud, Humberto III y Fernando, buscando blindar el futuro del negocio familiar, acudieron a su padre para plantearle una pregunta fundamental: ¿cuál era la verdadera debilidad que amenazaba a la empresa en ese momento? Humberto II, con la lucidez de quien conoce cada engranaje del taller, les dio una respuesta categórica: **la contabilidad**.

Entendiendo que un imperio no solo se defiende con prensas, sino con el control absoluto de sus números, ambos hermanos tomaron una decisión trascendental. Tras culminar sus estudios primarios y secundarios, Humberto III y Fernando ingresaron a las aulas universitarias para formarse profesionalmente como **Contadores Auditores**. Aquella disciplina académica se transformó en una herramienta de crucial ayuda y valor estratégico. Armados con el conocimiento financiero y la rigurosidad del balance, los hermanos erradicaron cualquier vulnerabilidad interna, permitiendo que la potencia del diseño informático y las resinas sintéticas operaran sobre una base administrativa indestructible.

Fue esta perfecta amalgama entre la ciencia del control financiero y la vanguardia tecnológica lo que permitió a la compañía cruzar las fronteras invisibles del comercio y expandirse de forma indomable, transformando el centro de Santiago en la capital del sello de goma a nivel continental. Aquella fue una década de consolidación dorada, donde el apellido se transformó en un estandarte de eficiencia.

Sin embargo, el destino de los Garetto jamás ha sido la comodidad del éxito estático. Llegó un punto en que la tradición, asentada en su propio esplendor administrativo y comercial, volvió a encontrarse de frente con el futuro. Y, fiel a su ADN incombustible, la estirpe volvió a elegir la metamorfosis.

El gran quiebre de la centuria ocurrió en **1997**. Aquel año, un rayo de luz pura modificó para siempre el destino del oficio. **La tecnología de corte y grabado asistido por láser irrumpió con fuerza en los talleres de Timbres Garetto**, no como una simple modernización de maquinaria, sino como una verdadera revolución alquímica.

Por primera vez desde los tiempos de Johannes Gutenberg, el grabado de una matriz dejaba de depender exclusivamente de procesos físicos, moldes, negativos o reacciones químicas. Ahora, el relieve nacía de manera directa desde el cerebro de la computadora, trazado en segundos con una precisión microscópica por un haz de luz concentrada que volatilizaba la materia. El tiempo de fabricación se aceleró a niveles impensados, la nitidez del trazo se volvió absoluta y el oficio del

grabado —aquel que Martino había iniciado con buriles de metal en la Casa Maldini— ingresó oficialmente en una era de ciencia ficción.

XV. 1999: La Noche Oscura, el Eco del Nonno y el Liderazgo Silencioso

Pero toda transformación tecnológica de gran envergadura exige un timonel de pulso firme. Dos años más tarde, en **1999**, la compañía se enfrentaba a una encrucijada distinta, una tormenta de incertidumbre operativa nacida tras diversos emprendimientos fallidos de Humberto II que amenazaban con dispersar la atención y los recursos del núcleo familiar.

Fue en mitad de esa niebla donde Fernando emergió para asumir el rol de líder del linaje. No lo hizo desde la improvisación económica, sino desde una convicción profunda, casi ancestral, que parecía dictada por la misma sangre. Fernando era, ante todo, un hombre de ideas disruptivas; una mente despierta cuyas propuestas siempre habían dado frutos dorados en cada decisión crucial relacionada con el rubro de los timbres. Su capacidad para adelantarse al futuro era innegable.

En ese momento de máxima tensión, Fernando convocó a una reunión crucial a su padre y a su hermano, Humberto III. No los citó para trazar un frío plan de negocios enfocado hacia el porvenir, sino para obligarlos a realizar el ejercicio más sagrado del héroe: mirar hacia atrás y recordar. Los llamó a evocar la memoria del Nonno Humberto. Porque existía una frase que el viejo patriarca repetía una y otra vez en el taller de la calle Nueva York; una sentencia simple, casi cotidiana, que durante décadas había flotado entre el aroma a caucho y el traqueteo de las prensas, corriendo el riesgo de perderse en el olvido del trabajo diario:

“Pastelero a tus pasteles”.

Aquella expresión no era una ocurrencia al azar de un hombre de campo; era la columna vertebral de su filosofía de vida. Su forma de entender la construcción de un imperio. El Nonno la soltaba al aire siempre con suavidad, como quien deposita una semilla sin imponer su presencia. Pero, tal como acontece con las verdades mitológicas más profundas, su valor real no había sido completamente comprendido en su propia época. Hasta ese exacto momento.

Fernando no inventó el axioma del Nonno, pero le devolvió su altar. Le otorgó el peso histórico que siempre debió ostentar. Y al hacerlo, transformó una expresión de la jerga popular en una ley absoluta de supervivencia comercial. Porque en esas cuatro palabras habitaba una doctrina completa: **Volver al origen. Respetar el oficio madre. No dispersar las fuerzas. Jamás olvidar quién eres.** Entender, en definitiva, que el verdadero crecimiento de una dinastía no radica en abarcar terrenos ajenos, sino en perfeccionar de manera obsesiva aquello que te define ante el mundo.

Sin embargo, el éxito inapelable de esta última propuesta y la lucidez con la que Fernando manejaba el timón en tiempos de crisis comenzaron a consolidar algo más complejo en el taller: un **liderazgo intangible**. Su autoridad ya no dependía de un cargo formal, sino del peso específico de sus aciertos y de la solidez de sus resultados.

Lamentablemente, esta prominencia silenciosa y la fuerza de su criterio no fueron bien vistas por su padre ni por su hermano. Ver al hijo y hermano menor marcar la pauta con tanta claridad despertó recelos insalvables en el seno del taller. El eco de la frase del Nonno, que debió ser un puente de unión, terminó agudizando las diferencias humanas y operativas.

Aquel roce constante y la acumulación de problemas insostenibles con Humberto II y Humberto III comenzaron a desgastar el ambiente. Fernando comprendió entonces que la fuerza de sus ideas ya no tenía espacio para respirar bajo ese techo. La tensión en la mesa familiar había alcanzado un punto de no retorno, encendiendo la mecha de lo que muy pronto sería la independencia definitiva de Fernando; una salida necesaria para proteger su propia paz y la pureza de una visión que se rehusaba a naufragar entre las disputas del pasado.

XVI. El Nacimiento de Automatik: El Retorno del Elíxir y los Caminos Paralelos

Sin embargo, el destino de los visionarios suele estar marcado por la soledad de sus decisiones. La fuerza arrolladora con la que Fernando intentaba impulsar la modernización y el retorno a la esencia no siempre encontró el eco esperado en los corazones de su padre y de su hermano. Aquella desconexión de visiones, donde el pasado se resistía a la velocidad del mañana, terminó por generar un quiebre inevitable en la mesa familiar.

Fue en ese punto de inflexión donde se grabó la verdad definitiva de esta historia. Aunque el tiempo transcurra y muchas voces pretendan tejer otras versiones o narrar relatos diferentes, la realidad histórica permanece inalterable: **fue Fernando quien, por voluntad y convicción propia, prefirió dar un paso al costado y seguir el rumbo en solitario.** No fue empujado por las circunstancias; eligió la independencia para salvar la pureza de su idea.

El mapa de la empresa familiar se fracturó entonces, no por un síntoma de debilidad, sino por la fuerza natural de la evolución celular. Fernando encarnaba una nueva forma de hacer patria industrial: la del creador puro, el hombre que comprende el lenguaje íntimo de los mecanismos y que es capaz de diseñar e imaginar la tecnología que aún no existe en el mercado. Su ímpetu ya no podía ser contenido dentro de las viejas estructuras. De este modo, en el mismo año de **1999**, se estableció en un nuevo cuartel general, levantando a **Automatik** como la expresión más pura, soberana y personal de su visión.

A partir de esa encrucijada, los hermanos dividieron el territorio para multiplicar el alcance del apellido. Mientras Fernando avanzaba con paso firme hacia el exterior, buscando conquistar nuevos mercados y derribar fronteras en distintos países con Automatik, **su hermano Humberto**

III permaneció en la primera línea de batalla local, manteniéndose firmemente a la cabeza y conducción de los locales comerciales tradicionales en Santiago.

Esta dinámica de trabajo incesante entre ambos no era nueva; se había forjado a golpes de realidad mucho tiempo atrás. Desde el año **1988**, cuando Humberto II comenzó a sufrir severos problemas al corazón, la segunda generación tuvo que replegarse de la exigencia diaria del taller. Fue a partir de ese año crucial que **Humberto III y Fernando quedaron prácticamente solos frente al timón del negocio**, asumiendo a muy temprana edad la colosal responsabilidad de mantener a flote la compañía. En esa larga etapa de resistencia, su padre, Humberto II, acosado por su delicada salud, ya no podía sostener las jornadas de antaño; se limitaba a visitarlos en la empresa apenas uno o dos días a la semana, permaneciendo solo por breves instantes para contemplar cómo sus hijos defendían el patrimonio. Tras librar su última y más larga batalla, el recordado patriarca **falleció finalmente el 22 de junio de 2011, a la edad de 76 años**, dejando el negocio enteramente en las manos que lo habían resguardado desde 1988.

Pero aquel paso de Fernando hacia la autonomía con Automatik jamás significó un abandono de sus raíces. Aunque levantó su propio imperio en solitario, nunca cortó los lazos fundamentales con la obra de sus antepasados y su hermano. Continuó siendo dueño de una parte sumamente importante de las empresas matrices que dejaba atrás. Desde esa posición de socio legítimo y con el peso de su conocimiento técnico, su figura permaneció siempre presente en el horizonte de la compañía original, actuando como un custodio invisible: una mente que, desde la distancia de su propio éxito, siempre siguió ayudando, asesorando y vigilando el bienestar del patrimonio común hasta el día de hoy.

Aquello no constituyó una separación afectiva de la estirpe, sino el nacimiento de un feudo tecnológico propio; la continuidad directa del viaje que Martino Garetto había iniciado en el siglo XIX, proyectado hacia el nuevo milenio. Porque en las naves de Automatik no solo habitaban robots, lásers e ingenieros; respiraba la historia de Revigliasco d'Asti. Estaba la esencia.

El taller de Fernando mutó en una potencia continental, y entonces sobrevino el desenlace inevitable de la maestría. La empresa chilena dejó definitivamente de mirar hacia el exterior en busca de matrices, insumos o tecnologías. Dio vuelta el mapa. Garetto dejó de ser un importador de ideas extranjeras para convertirse en un orgulloso exportador de tecnología hacia los mercados del mundo. El círculo de la migración se había invertido por completo.

Cuando el caminar de un hombre se alinea de forma tan perfecta con su verdad original, el crecimiento deja de ser un esfuerzo extenuante para transformarse en una hermosa consecuencia del destino. Y toda esa gloria moderna, toda esa maquinaria que hoy conquista mercados internacionales, comenzó —o más bien, volvió a comenzar— con el susurro de una frase antigua.

Simple en sus palabras. Eterna en su verdad.

XVII. El Santuario Familiar, los Guardianes de Santiago y las Semillas del Mañana

Ningún imperio industrial se sostiene en el tiempo si no posee un refugio sagrado donde renovar sus fuerzas ni líderes de trinchera que resguarden la herencia en el suelo natal. Mientras el mapa de los Garetto se expandía hacia la frontera internacional, la consolidación de la obra familiar se asentó con un vigor imponente sobre los hombros de ambos hermanos, quienes dieron vida y continuidad a sus respectivos linajes.

En el corazón de Santiago, **Humberto III se alzó como el pilar fundamental e insustituible de la estirpe tradicional.** Con un liderazgo forjado en la constancia, el rigor administrativo y el dominio absoluto del comercio local, asumió con un éxito arrollador la conducción y el crecimiento de las sucursales matrices. Su figura se transformó en el sinónimo de la solidez de *Timbres Garetto* en la capital, manteniendo vivo el fuego del mesón que vio nacer a las generaciones anteriores. Alrededor de su incansable labor, su propio santuario familiar floreció, entregando al linaje tres nuevos herederos destinados a custodiar su esfuerzo y el peso del apellido: **Humberto IV, Isidora y Matías**. Ellos crecieron bajo el ejemplo de un padre que defendía el patrimonio con una lealtad inquebrantable, aprendiendo que el trabajo diario en las sucursales era un compromiso de honor con el pasado de la familia.

Al mismo tiempo, cruzando la frontera de las nuevas tecnologías, la vida personal de Fernando encontraba su puerto definitivo y su más alta inspiración para levantar los cimientos de *Automatik*. Se unió en matrimonio con **Carmen Gloria Rojas**, quien se convirtió en la guardiana de su paz y en la compañera fundamental del nuevo rumbo. De esa sólida y bienaventurada alianza nacieron dos hijos, listos para portar con orgullo el fuego de su propia rama hacia el nuevo milenio: **Martín II y Lucas**.

Tanto los hijos de Humberto III en las históricas oficinas de Santiago, como los hijos de Fernando en las naves robotizadas, crecieron respirando la misma atmósfera sagrada. Para los cinco integrantes de esta cuarta generación, el trabajo bien hecho, la rigurosidad y la búsqueda obsesiva de la perfección no eran simples obligaciones comerciales, sino un código de sangre y un estilo de vida. A través del ímpetu de **Humberto IV, Isidora y Matías**, y de la visión de **Martín II y Lucas**, la dinastía Garetto aseguraba de manera indestructible su continuidad, demostrando que el árbol familiar poseía raíces tan profundas como para sostener con orgullo dos imperios paralelos.

XVIII. Automatik en el Siglo XXI: La Conquista Global

En las naves de Automatik, la historia jamás se detuvo; adoptó un ritmo de evolución constante. Año tras año, bajo la mirada vigilante de Fernando, nuevos modelos de sellos automáticos fueron tomando forma en los tableros de diseño, mientras las líneas existentes se perfeccionaban con una obsesión casi mística por la calidad, la precisión milimétrica y la confianza del usuario. Para los Garetto, nunca se trató meramente de inyectar plástico o procesar polímeros; el objetivo era crear herramientas de alta ingeniería que respondieran con exactitud, que resistieran el paso de las décadas y que estuvieran a la altura de las exigencias globales.

Porque cada matriz mejorada y cada patente nueva poseían un propósito mayor: **conquistar nuevos horizontes.**

De esta manera, lo que en 1999 nació como una apuesta solitaria y arriesgada por la innovación pura, se proyectó majestuosamente hacia los mercados internacionales. Los productos Automatik cruzaron los océanos y las cordilleras, desembarcando con fuerza en los competitivos escenarios de **Sudamérica, Norteamérica y Europa**. Cada sello que tocaba un puerto extranjero llevaba consigo no solo tecnología chilena de vanguardia, sino también la densa historia de un oficio que se remontaba a los viñedos del Piamonte, la disciplina de los Maldini y el carácter indomable de una familia que supo reinventarse en cada cambio de siglo.

XIX. 2025: El Umbral Digital y la Cuarta Generación

Pero el crecimiento de un árbol milenario no solo se construye expandiendo sus ramas hacia afuera; también exige escuchar la savia que corre hacia adentro. Y fue en el año **2025** cuando la cuarta generación cruzó formalmente el umbral del cuartel general. **Martín II, el hijo mayor de Fernando**, se incorporó oficialmente a las filas de Automatik.

Martín II no llegó para mimetizarse de forma pasiva con las glorias consolidadas por su padre, sino para aportar la visión fresca, dinámica y audaz propia de su tiempo. Dotado de una comprensión profunda de las herramientas digitales y las nuevas lógicas de interconexión global, el joven heredero impulsó una transformación clave en la estrategia de la compañía: acortar las distancias y acercar la fábrica directamente a los ojos y manos de quienes daban sentido a todo el esfuerzo: el usuario final.

Así se dio vida al canal digital.

A través de una sofisticada plataforma de *e-commerce*, Automatik inauguró un vínculo directo, transparente y sin intermediarios con el público. Un ecosistema virtual donde la información fluye sin filtros, y donde cada experiencia de uso, cada opinión y cada necesidad del cliente se transforman instantáneamente en conocimiento real para el departamento de ingeniería. No se concibió como una simple táctica comercial de temporada; constituyó una evolución natural del

negocio. Porque Martín II entendió, bajo la escuela de su padre, que comprender los hábitos del usuario contemporáneo es la única forma de descifrar el futuro.

Este nuevo canal no se diseñó para competir con la histórica y leal red de distribuidores que había acompañado a la marca durante décadas —los precios se mantuvieron en un equilibrio ético e impecable—, sino para enriquecer el proceso completo. Se trataba de escuchar en tiempo real, aprender de la interacción, ajustar los mecanismos y convertir cada clic en una oportunidad de mejora continua.

XX. El Ciclo Perfecto: El Legado Incombustible

Con este hito, el gran ciclo de los Garetto completaba una revolución perfecta sobre su propio eje: **Innovar** en la idea, **Producir** con excelencia, **Escuchar** la voz del presente y **Mejorar** de cara al porvenir.

En Automatik, el objetivo final jamás fue el crecimiento económico desmedido o la acumulación vana; la meta siempre fue crecer con sentido, con nobleza y bajo el amparo de los valores familiares.

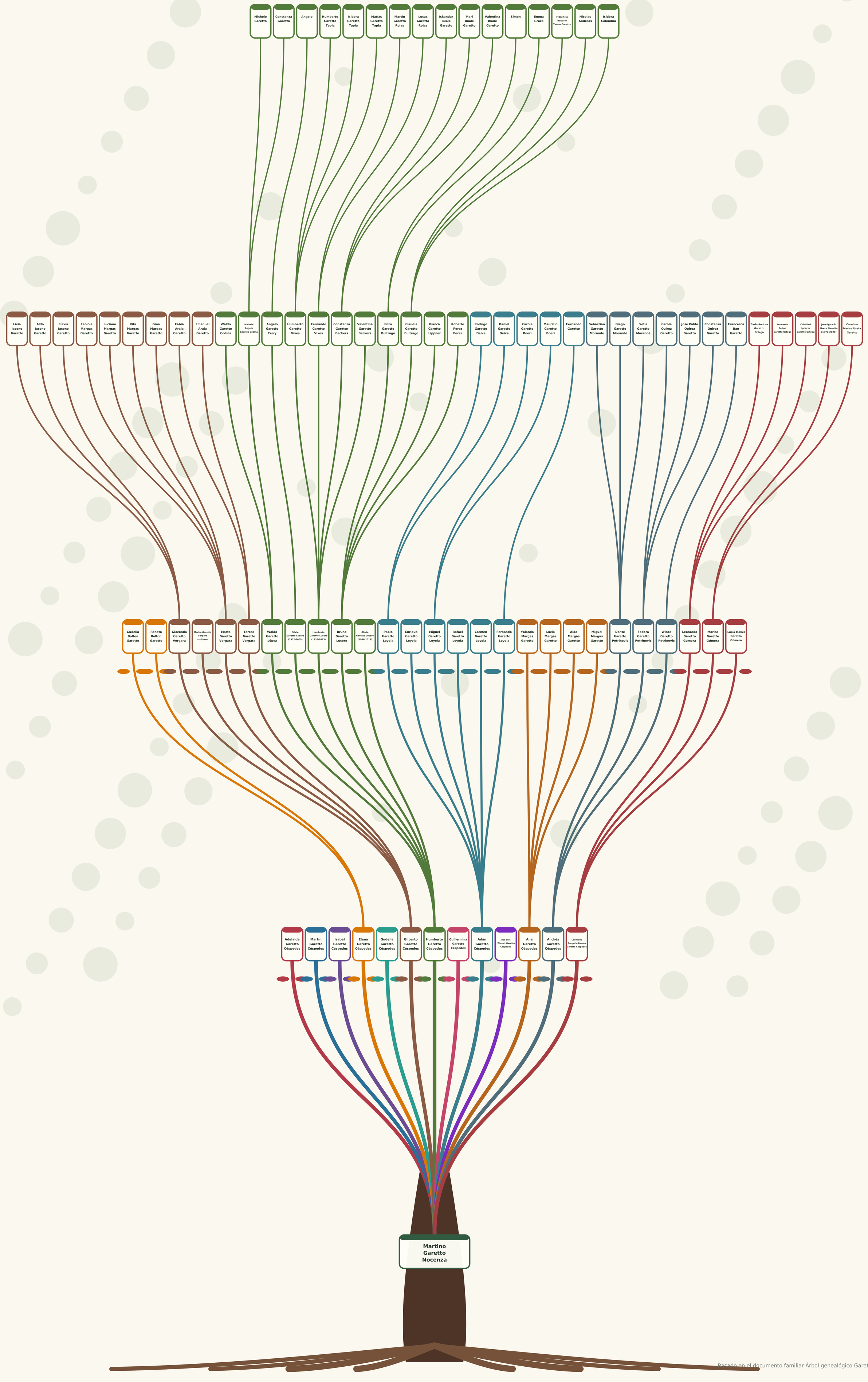
Hoy, la historia de la familia Garetto en Chile avanza con el paso firme de los conquistadores. El relato que comenzó un día del siglo XIX con las manos curtidas de Martino Garetto dándole la espalda al Atlántico para cruzar la cordillera, sigue vivo, latiendo con fuerza en la mirada de Fernando, en el ímpetu de Martín II y en el porvenir de Lucas. Un legado incombustible que ha demostrado, a lo largo de las eras, que la única forma de ser fiel a las raíces no es repitiéndose en la comodidad del pasado... sino teniendo el valor de **transformarse para siempre**.

"Quien ha plantado un árbol, escrito un libro y tenido un hijo, no ha vivido en vano."

José Martí, escritor cubano

ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA GARETTO EN CHILE

Descendencia organizada desde la base del árbol hacia las generaciones superiores



Basado en el documento familiar Árbol genealógico Garetto 2021.